



Benjamín Padilla

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

Yo te empujo²

Hay seres que llevan dentro una alma grande. Alma de protección, de ayuda, de auxilio. En cuanto se acerca a ellos algún humilde y, con el sombrero en la mano y la vista en los ladrillos implora su protección inmediatamente se sienten grandes, e irguiéndose y ahuecando la voz le dicen: «Sí, hombre, yo te empujo».

«Yo te empujo». Y lo empujan.

Mientras no se les pida la verdadera protección, que consiste en la firma, o el dinero, son capaces de «empujar» a media humanidad, y llenarle los bolsillos de cartas de recomendación y colmarlos de todos los elogios imaginables para su persona. Esto, naturalmente, siempre que vean que aquella persona es un pobre diablo, apenas capaz de ser escribiente de un bufete o dependiente de una tienda de ropa.

Todos los que valen poco o los que nada valen, encuentran siempre manos bondadosas que se tienden en su ayuda; consejeros que los alientan; admiradores que

los halagan; hombres de bien y de influencia que los ayuda. «Yo te empujo», les dicen todos.

Y más por ostentación vanidosa que por deseo de ayudarlos a subir, encomian sus méritos y recomiendan sus aptitudes. Con el prurito de hacer ver siempre que tienen amistades valiosas, grandes influencias y muy buen corazón.

«¿Cómo se llama usted?».

«Luis Pérez», contesta humildemente el solicitante.

Y entonces el protector escribe:

«Me permito recomendar a usted muy especialmente al dador de estas líneas, el joven Luis Pérez, honrado a carta cabal, ilustrado, inteligente y digno de toda consideración...».

¡Una larguísima lista de elogios... y ni siquiera sabía cómo se llamaba su recomendado!

¡Y se queda muy ancho, sintiéndose un gran personaje, de quien imploran protección y ayuda todos esos infelices que miran hacia arriba cuando les aprieta la mala suerte!

Ésta es la manera como los mexicanos sabemos «empujar». Ayudamos por vanidad y sólo a aquel que sabemos que nunca ha de hacernos sombra.

La verdad de las cosas es que el mexicano es el mayor enemigo del mexicano mismo. En cuanto alguno quiera sobresalir por algún capítulo, todos los que lo rodean gritan: «Yo te empujo». Y lo empujan, pero para abajo, para hundirlo. El hombre que tiene algún mérito por su talento, por su ilustración, encuentra enemigos a montones entre sus paisanos.

Ha de ser por aquello de que «la cuña para que apriete ha de ser del mismo palo».

Cuando un joven, sintiendo dentro de sí aquello que presentía Andrea Chenier bajo su frente, la emprende por las veredas literarias y procura escribir algo elevado, que ilustre o que deleite, inmediatamente salta una jauría de críticos incapaces de producir nada bueno, y se pone a ladrar: aquel es un pedante, un necio atiborrado en vanidad: un estúpido sin pizca de talento que debe dedicarse mejor a hacer adobes...

¡Hacer esto, entre nosotros, es dar pruebas de talento y de «valor civil»!

Cuando un hombre, a fuerza de trabajo rudo y constante logra hacer un capital de consideración y busca, ya rico, el descanso de las fatigas que tuvo cuando luchó, en vez de aplaudirlo y poner su vida como un ejemplo para los demás, murmuran a su espalda: «Éste es un sinvergüenza».

Si algún rico sólo gira su dinero prestándolo «con un real en el peso» y en buenas hipotecas, es un judío y casi un bandido. Pero si por el contrario pone en juego sus caudales, impulsa industrias, fomenta negocios, y emprende por distintos lados, no hay quien lo aliente. Al contrario, suelen decir de él: «Es un animal que se va a quedar sin camisa».

Y si entre los paisanos surge algún hombre joven, de brío, de iniciativa, que conciba grandiosos proyectos, que hable de millones, que plante obras gigantescas, y que pida la cooperación y la ayuda de los paisanos, éstos, en vez de decirle «yo te empujo», se ríen burlescamente y exclaman: «Está loco». No se toman ni siquiera el trabajo de analizar sus propósitos. ¿Para qué? ¡Es más fácil decir «está loco» y volverle la espalda!

Ésta es la protección que nos prestamos unos a otros. Por esto nadie prospera ni nadie llega a figura.

Y ahora, vayan ustedes a creerse de esos protectores de oficio que para todo tienen la frase consoladora y paternal: «¡Yo te empujo!».

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo